



Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ

Fourth Sunday of Lent

“Awake, O sleeper. Rise from the dead. And Christ will give you light.” **Ephesians 5:14**

On this Fourth Sunday of Lent—*Laetare* Sunday—we pause and breathe. A hint of joy breaks through the purple of repentance. The light is already winning. Today’s Word invites us to reflect on a simple yet demanding question: How do we see—and how are we seen?

In our first reading, God sends Samuel to choose a king. Strong sons pass before him, impressive and confident. Yet God says no. Until David appears—the youngest, the shepherd, the one left out. Then God speaks the words that change everything: “*The Lord does not see*

as humans see.” God looks not at appearances, but at the heart. This is good news for every person who has ever felt invisible, judged, or dismissed. In a community as richly diverse as ours—many cultures, many languages, many stories—God reminds us today: **You are seen. You matter. You belong.**

Our Gospel gives us a man born blind. His life is marked by silence and dependence—until Jesus stops. Jesus sees him. Not as a problem, not as a punishment, but as a place where God’s work can shine forth. With mud, touch, and command, Jesus opens his eyes. But the greater miracle unfolds slowly: the man’s faith grows clearer even as others grow blinder. Those who think they see best—the religious leaders—refuse the truth standing before them. Their eyes are open, but their hearts are closed. The man who once sat in darkness now stands in courage and light, declaring simply: “*I was blind, and now I see.*”

Saint Paul names this movement plainly: “*You were once darkness, but now you are light in the Lord.*” Not just surrounded by light—but transformed by it. To live as children of the light is to choose truth over fear, mercy over judgment, humility over certainty. Light exposes, yes—but it also heals. Light allows life to grow.

Lent is not about identifying who is blind. It is about admitting where **we** still cannot see. Where do we judge by appearances? Where do we resist God’s new ways? Who do we overlook—because of language, culture, age, or past wounds? We may not have perfect answers. Neither did the man in the Gospel. He only knew what mattered most: *his life had changed*. That is enough. A changed heart speaks louder than many words. Amen.

Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ

Cuarto Domingo de Cuaresma

“Despierta, tú que duermes. Levántate de entre los muertos. Y Cristo te iluminará.” **Efesios 5:14**

En este Cuarto Domingo de Cuaresma —Domingo Laetare—, hacemos una pausa y respiramos. Un destello de alegría se abre paso entre la luz del arrepentimiento. La luz ya está triunfando. La Palabra de hoy nos invita a reflexionar sobre una pregunta sencilla pero a la vez exigente: ¿Cómo vemos y cómo somos vistos?

En nuestra primera lectura, Dios envía a Samuel a elegir un rey. Hijos fuertes pasan ante él, imponentes y confiados. Sin embargo, Dios dice que no. Hasta que aparece David, el más joven, el pastor, el excluido. Entonces Dios pronuncia las palabras que lo cambian todo: “El Señor no ve cómo ven los hombres”. Dios no mira las apariencias, sino el corazón. Esta es una buena noticia para toda persona que alguna vez se ha sentido invisible, juzgada o rechazada. En una comunidad tan diversa como la nuestra —con tantas culturas, tantos idiomas, tantas historias—, Dios nos recuerda hoy: **Eres visto. Importas. Perteneces.**

Nuestro Evangelio nos presenta a un hombre ciego de nacimiento. Su vida está marcada por el silencio y la dependencia, hasta que Jesús se detiene. Jesús lo ve. No como un problema, no como un castigo, sino como un lugar donde la obra de Dios puede brillar. Con barro, tacto y una orden, Jesús le abre los ojos. Pero el milagro mayor se desarrolla lentamente: la fe del hombre se hace más clara mientras otros se vuelven más ciegos. Quienes creen ver mejor —los líderes religiosos— rechazan la verdad que se les presenta. Tienen los ojos abiertos, pero sus corazones cerrados. El hombre que una vez se sentó en la oscuridad ahora se yergue con valentía y luz, declarando simplemente: «Yo era ciego, y ahora veo».

San Pablo describe este movimiento con claridad: «Ustedes antes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor». No solo rodeados de luz, sino transformados por ella. Vivir como hijos de la luz es elegir la verdad sobre el miedo, la misericordia sobre el juicio, la humildad sobre la certeza. La luz expone, sí, pero también sana. La luz permite que la vida crezca.

La Cuaresma no se trata de identificar a los ciegos. Se trata de admitir dónde aún no podemos ver. ¿Dónde juzgamos por las apariencias? ¿Dónde nos resistimos a los nuevos caminos de Dios? ¿A quién ignoramos, por el idioma, la cultura, la edad o las heridas del pasado? Puede que no tengamos respuestas perfectas. El hombre del Evangelio tampoco. Él solo sabía lo que más importaba: su vida había cambiado. Eso basta. Un corazón transformado habla más fuerte que muchas palabras. Amén.